

SEPARATA
HUMANÍSTICA

magistro

*El Emilio: conocimiento e instrucción**

THE ÉMILE: KNOWLEDGE AND INSTRUCTION

L'ÉMILE: CONNAISSANCE ET INSTRUCTION

Recibido: 30 de septiembre de 2010 • Aprobado: 15 de mayo de 2011

Martha Soledad Montero González**

Resumen

Un hombre independiente es capaz de valerse por sí mismo mediante el uso de sus conocimientos. Un hombre libre tiene voluntad para elegir. Un hombre virtuoso cuenta con criterio para vivir. De ahí, que sepa conducirse como un individuo en su vida privada, como un ciudadano en su vida pública y como parte de una sociedad en su vida colectiva. Por ello, fuerza y vigor, voluntad y libertad, sentidos y conocimientos son los elementos que le enseñarán a Emilio el oficio de vivir. En este artículo se hace una aproximación reflexiva sobre la noción de conocimiento y su relación con el concepto de instrucción en *El Emilio*, obra filosófica y pedagógica escrita por Rousseau y publicada en 1762. El autor afirma que todos los individuos nacen capaces de aprender, pero también nacen sin saber nada. Sin embargo, en la medida en que el niño va creciendo, son las sensaciones, las necesidades y las experiencias las que le enseñan y contribuyen a que aprenda a usar los sentidos y los conocimientos. Los sentidos son afectados por las primeras sensaciones, que son consideradas materiales del conocimiento y facilitan la formación de la memoria y del entendimiento. El movimiento, por su parte, conecta al niño con su cuerpo, con sus fuerzas y con su voluntad, haciendo posible que se convierta en un individuo dueño de sí mismo. La formación de una subjetividad, la necesidad de un deseo de saber y el despertar de la curiosidad por conocer son los elementos que constituyen la educación, en tanto objeto de estudio de esta obra.

* Trabajo clasificado como artículo de reflexión. Es producto de la Línea de Investigación "Historia de la Educación y de la Pedagogía".

** Candidata al Doctorado en Ciencias de la Educación, Rudecolombia-Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Docente investigadora de la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Salle. Contacto: msjero94@gmail.com

Palabras clave

Educación, niño, conocimiento, instrucción, sentidos, experiencia.

Abstract

An independent man is able to fend for himself by making use of his knowledge. A free man has the will to choose. A virtuous man has the judgement to live his life. This is why, he knows how to behave as an individual in his private life as a citizen in his public life and as part of a society in his collective life. Therefore, strength and stamina, will and freedom, sense and knowledge are the elements that will teach to *Émile*, the task of living. This paper is a reflective approach on the notion of knowledge and its relation to the notion of instruction in *The Émile*, book of philosophy and pedagogy written by Rousseau, published in 1762. The author asserts that all individuals are born capable of learning but also born without knowing anything. However, inasmuch as the child grows, the feelings, needs and experiences teach and help him learn to use senses and knowledge. The senses are affected by the first sensations which are considered knowledge materials, facilitating the formation of memory and understanding, while movement connects the child to his body, strengths and will, making it possible for him to become an individual owner of his self. The formation of a subjective (way to be), the need for a desire for knowledge and the awakening of a curiosity to know, are the elements that constitute education as an object of study in this book.

Keywords

Education, child, knowledge, instruction, senses, experience.

Résumé

Un homme indépendant est capable de se débrouiller tout seul, en faisant usage de ses connaissances. Un homme libre a la volonté de choisir. Un homme vertueux a le critère nécessaire pour vivre. Il en résulte qu'il sache se conduire en tant qu'individu dans sa vie privée, en tant que citoyen dans sa vie publique et en tant que faisant partie d'une société dans sa vie collective. C'est pourquoi, force et vigueur, volonté et liberté, sens et connaissances sont les éléments qui apprendront à *Émile*, l'art de vivre. Cet article présente une approche réflexive sur la notion de connaissance et son rapport avec la notion d'instruction de *L'Émile*, ouvrage philosophique et pédagogique écrit par Rousseau et publié en 1762. L'auteur affirme que tous les individus naissent avec la capacité d'apprendre mais ils naissent sans rien savoir. Néanmoins, au fur et à mesure que l'enfant grandit, ce sont les sensations, les besoins et les expériences qui lui apprennent et qui aident à ce que l'enfant sache faire usage des sens et des connaissances. Les sens sont affectés par les premières sensations, considérées outils de la connaissance, facilitant la formation de la mémoire et du jugement, tandis que, le mouvement relie l'enfant avec son corps, avec ses forces et avec sa volonté, faisant possible qu'il devienne un individu maître de lui-même. La formation d'une subjectivité (façon d'être), le besoin d'un désir de savoir et l'éveil de la curiosité pour acquérir des connaissances sont les éléments constitutifs de l'éducation en tant qu'objet d'étude de cet ouvrage.

Mots clés

Éducation, enfant, connaissance, instruction, sens, expérience.

Introducción

No tengo por instituciones públicas esos risibles establecimientos que llaman Colegios.

Tampoco tengo en cuenta la educación del mundo, porque como ésta se propone dos fines contrarios, ninguno consigue, y sólo es buena para hacer dobles a los hombres, que con apariencias de referirlo siempre, todo a los demás, nada refieren que no sea a sí propios.

Mas como estas muestras son comunes a todo el mundo, a nadie engañan y son trabajos perdidos”¹.

Rousseau

Este artículo de reflexión muestra el trayecto sobre la relación conocimiento-instrucción, siguiendo los desarrollos filosóficos del Tratado Pedagógico conocido como “El Emilio”, publicado por Juan Jacobo Rousseau en 1762. Allí él centra su preocupación en la educación del individuo, cuyo referente está en la formación del niño durante su infancia, su adolescencia y su juventud, hasta convertirse en un hombre libre, un ciudadano y un individuo independiente.

Rousseau, autor de esta obra de filosofía y de pedagogía, en una de sus consideraciones afirma que todos los individuos nacen capaces de aprender, pero también nacen sin saber nada. Advierte que en el supuesto caso de que un niño al nacer tuviera la estatura y la fuerza de un hombre adulto, este hombre-niño sería “un perfecto imbecil, un autómatas, una estatua inmóvil y casi insensible” (Rousseau, 1981: 64-65), puesto que en la medida

en que el niño va creciendo, son las sensaciones, las necesidades y las experiencias las que le enseñan y las que contribuyen a que éste aprenda a usar los sentidos y los conocimientos.

Rousseau sostiene que la naturaleza, el hombre y las cosas son las fuentes del conocimiento y de la educación del niño. De ahí que sus primeros conocimientos tengan que ver con sus sensaciones, con sus necesidades y con sus inclinaciones. Los sentidos, al verse afectados por las primeras sensaciones, consideradas materiales del conocimiento, facilitan, por ejemplo, la formación de la memoria y del entendimiento. Mientras que el movimiento conecta al niño con su cuerpo, con sus fuerzas y con su voluntad, haciendo posible que se convierta en un individuo dueño de sí mismo.

Las nociones y los signos que el niño empieza a distinguir, a diferenciar, a comparar y a conocer operan a través de los sentidos. En la medida que emplea hábitos como el de ver objetos nuevos y relacionarlos con las sensaciones que le suscitan ideas, aprende a sentir sin desconocer las cualidades de las cosas; por ejemplo, el movimiento le enseña que existen cosas que no están en su interior.

Si bien la educación, según Rousseau, se da en función de la relación del niño consigo mismo, con sus necesidades, con sus fuerzas y con sus inclinaciones, lo que se constituye como objeto de estudio de la educación es la formación de la subjetividad (modo de ser), la necesidad de un deseo de saber y el despertar de la curiosidad por conocer.

Sin embargo, es preciso señalar de la educación la diferencia que existe entre el modo como se educa al niño realmente y como se lo debería educar frente a un ideal de formación individual. Ello, según el modo de ser del niño, es decir, en función de cómo son los niños en cuanto tal. En Rousseau, por tanto, se desarrolla una concepción natural de niño.

1 Cita de Rousseau en la que señala como “en muchas escuelas, y con especialidad en la Universidad de París, hay profesores que yo quiero y aprecio mucho y que tengo por muy aptos para dar buena enseñanza a la juventud, si no los precisaran a seguir el método establecido. Exhorto a uno de ellos a que publiquen la reforma que ha proyectado. Puede que entonces, viendo que la enfermedad aun tiene cura se piense en su remedio [...]”. En la edición original se lee: “Hay en la Academia de Ginebra y en la Universidad de París algunos profesores, etc.”

El conocimiento, a diferencia de la educación, conduce al niño por los caminos que afectan los sentidos, la razón, la emoción, y su relación con las cosas, con los hombres y con la sociedad; le enseña a valerse de las experiencias adquiridas en la medida de su utilidad y lo convierte en un hombre independiente, libre y virtuoso.

Un hombre independiente, señala Rousseau, es capaz de valerse por sí mismo mediante el uso de sus conocimientos. Un hombre libre tiene voluntad para elegir. Un hombre virtuoso cuenta con criterio para vivir. De ahí que sepa conducirse como un individuo en su vida privada, como un ciudadano en su vida pública y como parte de una sociedad en su vida colectiva. Por ello, fuerza y vigor, voluntad y libertad, sentidos y conocimientos son los elementos que le enseñará a Emilio el oficio de vivir:

Como en el estado natural todos los hombres son iguales, su común vocación es el estado de hombre; y quien hubiere sido bien criado para éste, no puede desempeñar mal los que con él se relacionen. Poco me importa que destine a mi discípulo para el ejército, para la iglesia o para el foro; antes de la vocación de sus padres, le llama la naturaleza a la vida humana. El oficio que quiero enseñarle es el vivir. Convengo en que cuando salga de mis manos, no será ni magistrado, ni militar, ni sacerdote; será primeramente un hombre, todo cuanto debe ser un hombre y sabrá serlo, si fuere necesario, tan bien como el que más; en balde la fortuna le mudará de lugar, que siempre él se encontrara en el suyo. *Ocenpavi te, fortluna, alque cepi; omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me aspirare non posses* (Te tengo, y te aprendí, oh fortuna! Y he vallado todos tus portillos, para que no puedas llegar hasta mí (Cicerón, citado en Rousseau, 1981: 16-17).

Ahora bien, utilidad aquí no quiere decir valerse de los conocimientos manuales y técnicos únicamente, sino saber contar con ellos, en tanto sirven de apoyo al propósito individual de mantener una relación de independencia con el mundo, de cultivar las facultades de pensar, de formar un espíritu filosófico y una voluntad general de ser libre.

En este sentido, en el presente artículo se hace una aproximación reflexiva a la noción de conocimiento y su relación con el concepto de instrucción en “El Emilio”, obra escrita por Rousseau, de quien se dice que, en principio, no puede tomarse como modelo de padre amoroso, responsable y sacrificado, y menos como ejemplo de maestro. El mismo Rousseau es el primero en saberse lejano de las lides y de los oficios de ser profesor. Esta decisión la expresa de manera explícita al iniciar su obra:

Uno, de quien no sé más que su jerarquía, me propuso educara su hijo. Sin duda fue mucha honra para mí; pero lejos de quejarse de mi negativa, debe alabar mi prudencia. Si hubiera admitido su oferta y errado mi método, la educación habría resultado mala; al acertar con él sería peor; su hijo hubiera renegado del título de príncipe [...] Estoy tan convencido de lo grandes que son las obligaciones de un preceptor, y conozco mi incapacidad, que nunca admitiré semejante cargo, sea quien fuere el que con él me brinde; y hasta el interés de la amistad fuera para mi nuevo motivo de negarme a él. Creo que después de leído este libro, pocos habrán que piensen en hacerme tal oferta, y ruego a los que pudieran pensarlo que no se tomen ese inútil trabajo. En otro tiempo hice una prueba suficiente de esta profesión, que me basta para estar cierto de que no soy apto para ella, y aun cuando por mi talento fuera idóneo, me dispensaría de ella mi estado. He creído que debía esta declaración a los que al parecer no me estiman lo bastante para creerme fundado y sincero en mis determinaciones [...] Sin capacidad para desempeñar la más útil tarea, me atreveré a lo menos a probar la más fácil; a ejemplo de otros muchos, no pondré manos a la obra, sino a la pluma, y en vez de hacer lo que conviene, me esforzare a decirlo (Rousseau, 1981: 29-30).

Rousseau, al considerar el trabajo del maestro como de extrema determinación y talento, precisa, seguramente sin proponérselo, algunas de las funciones, de las responsabilidades y de las características de él en términos de pensamiento, de saber y de acción en relación con la decisión de formar los niños. Señala aquí las diferencias que existen entre los criterios profesionales, las

prácticas de la educación y las atribuciones que competen al ser del maestro.

En esta obra, el autor plantea que la elección profesional de ser maestro crea una situación aun más grave y delicada para aquellos que se ven a sí mismos como preceptores o instructores, antes que como maestros. Afirma, entonces, que los tres maestros por excelencia son la naturaleza, los hombres y las cosas.

Dado su escepticismo sobre los resultados que efectivamente se pueden lograr con la educación de los niños –la cual es, según su comprensión, un riesgo y una gran dificultad, máxime que conlleva el ejercicio de la enseñanza y de la formación de la infancia–, piensa que ésta es una apuesta difícil para aquellos que quieren ser maestros, por lo que implica ser, al mismo tiempo, profesional, ingenioso, capaz y dedicado. Ser maestro es una elección de vida, lo que supone, en el decir del autor, ser “más que un hombre como tal” (Rousseau, 1981: 50-51).

El maestro es un hombre sublime y no un hombre venal, puesto que es un oficio noble que lo sitúa en calidad de un amigo más que de un preceptor. Este tipo de maestro es educado por su alumno, es decir, el maestro se deja llevar por sus observaciones sobre la naturaleza del niño, en el sentido de estar en capacidad de comprender y seguir su modo de ser, al igual que preparar y pensar su formación, gracias a la guía de las sensaciones, las necesidades y las inclinaciones del infante.

Sensaciones y conocimientos

En tanto “educación”, “institución” e “instrucción” son tres categorías distintas por su objeto, las nociones “nodriza”, “ayo” y “maestro” se podrían corresponder por la función que cumplen en la formación del niño, en cuanto oficio de vivir. Pero principalmente porque según Rousseau,

A los niños se les debe enseñar a vivir [...] si es necesario en los hielos para Islandia o en la abrasada roca de Malta [...] Inútil es tomar precauciones para que no muera; al cabo tienen que morir; y aun cuando no sea su muerte un resultado de vuestros cuidados, todavía serán improcedentes [...] No tanto se trata de estorbar que muera, cuanto hacer que viva. Vivir no es respirar, es obrar, hacer uso de nuestros órganos, nuestros sentidos, nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos dan el íntimo convencimiento de nuestra existencia (Rousseau, 1981: 16-17).

En ese sentido, Rousseau indica la importancia de tener en cuenta el criterio según el cual el niño no debe tener sólo un guía. Mientras tanto, los padres se dedicarían a enseñarle a conservarse cuando sea hombre, para que sea capaz de soportar las dificultades, la mala suerte y la miseria; inclusive a saber comportarse en la opulencia.

Por ello, la concepción de existencia, al parecer, no puede convertirse en “preocupaciones serviles” (Rousseau, 1981: 17), aunque de hecho así sucede. Añade que mientras los usos y las costumbres se vuelven sujeción, la civilización convierte los niños en seres esclavizados; por su parte, las instituciones se encargan de producir los mecanismos necesarios para hacerlos dependientes.

En las prácticas concretas de la vida diaria otro tanto hacen las parteras cuando al nacer un niño lo atan, lo aprietan y le impiden a los recién nacidos todo movimiento, y lo hacen justo en el momento en que requieren disfrutar de él y del entendimiento de su cuerpo. Ellas los envuelven, los fajan, los amarran; dice Rousseau que pareciera que tuviesen miedo de que den señales de vida. En esa dirección sostiene:

De esta suerte el impulso de las partes internas de un cuerpo que busca crecimiento encuentra un obstáculo insuperable a los movimientos que requiere. Hace el niño continuos e inútiles esfuerzos, que apuran sus fuerzas o retardan sus progresos. Menos estrecho, menos ligado, menos comprimido se hallaba en el vientre de su madre que en sus pañales [...] En los países donde no toman tan extravagantes

precauciones, son los hombres todos altos, robustos y bien proporcionados. Los países en que se fajan los niños abundan en jorobados, cojos, patizambos, gafos, raquíuticos y contrahechos de todos géneros. Por temor de que se desfiguren los cuerpos con la libertad de los movimientos, se apresuran a desfigurarlos poniéndolos en prensa, y de buena gana los harían tullidos, para impedir que se estropeasen (Rousseau, 1981: 18-19).

Las primeras sensaciones de los niños son, pues, de placer y de dolor. Luego de un tiempo se van formando las sensaciones representativas cuando son capaces de percibir los objetos con forma y con dimensiones fuera de ellos mismos. Una vez esto se ha dado, el niño retorna las sensaciones afectivas y empieza a regirse según hábitos.

Él nace sensible y es afectado de múltiples maneras por los objetos que lo rodean. Por ello, dichas sensaciones lo acercan o lo alejan de los objetos que las producen según le sean convenientes o no. Estas disposiciones del niño, en la medida en que pasa el tiempo, afirman su sensibilidad y lo instruyen, pero desde la condición de estar regido por sus hábitos, entendidos como disposiciones naturales.

Los objetos, entonces, dejan en los niños sensibilidad e impresión, dice Rousseau; luego, conciencia de esas sensaciones, procurando “poseer o evitar los objetos que las producen”. En primer lugar, porque se aceptan o se rechazan dichas sensaciones por ser agradables o desagradables. En segundo lugar, por la relación de “conformidad o de discrepancia” (1981: 11) que se da entre los niños y los objetos. Por último, por el juicio que se forma por la razón y que ellos se hacen sobre las sensaciones, dándoles una idea acerca de lo que se puede entender por felicidad o por perfección.

Rousseau plantea así la relación que existe entre educación y formación y entre conocimiento e instrucción. Precisa que no es a tal o a cual edad la que corresponde con determinado desarrollo natural, sino que según como el niño se vaya desarrollando física, mental y espiritualmente se le debe ir educando y formando, teniendo en

cuenta que tal referente de formación es el modo de ser del niño, con sus sensaciones, con sus necesidades y con sus inclinaciones.

Por ello, considera que no es un problema de la educación preocuparse por cuáles son los conocimientos convencionales que se les deben enseñar a los niños, sino cuáles son los conocimientos que él necesita saber de acuerdo con su desarrollo natural y cómo puede aprender a usarlos.

En ese sentido, Rousseau considera que la edad es un estado natural de la vida, más que un referente que determina el tipo de inteligencia, de crecimiento y de madurez del niño. De hecho, se distancia de una concepción de edad pensada como etapas del desarrollo biológico, según la teoría de la evolución progresiva de la humanidad.

De allí que sostenga que los niños van accediendo a los conocimientos en la medida que van formando un criterio sobre el mundo, van necesitando información y conocimientos y van deseando saber, con el propósito de aprender a usarlos, a servirse de ellos y acomodarlos a sus deseos, a sus intereses y a sus gustos.

Ahora bien, es necesario aclarar que mientras la relación del niño con los objetos nuevos despierta su imaginación, de forma simultánea el niño conoce corriendo, tocando, sintiendo, explorando y probando.

Anterior a la edad de la razón, el niño sólo tiene una vaga idea sobre los seres morales y sobre las relaciones sociales. Antes no es posible. Para lograrlo, el niño se va habituando a los cambios que la vida le va presentando en forma de situaciones problemáticas, de obstáculos, de impedimentos o de dificultades, y no desde la forma de prohibición o de autoritarismo.

De tal forma, al entender y comprender situaciones, hechos y acontecimientos, el mismo niño encuentra soluciones prácticas y salidas viables, sin que se acostumbre a esperar a que otros actúen por él.

En el decir de Rousseau, el conocimiento enlaza sensibilidad e inteligencia, y éstas son constitutivas de nuestra naturaleza. El conocimiento debe ser sostenido por la educación y por los hábitos, antes de que intervenga la opinión y altere dicha naturaleza, transformándola a través de lecciones contradictorias sobre el desarrollo progresivo del niño, el uso inadecuado de las facultades de pensar y la acumulación de conocimientos inútiles.

Un hombre se convierte en guía de sí mismo luego de veinticinco años de educación, que empiezan con su nacimiento. Para ello se precisa diferenciar la función de preceptor de la de maestro, es decir, debe dársele un lugar a cada uno de ellos en virtud del papel que cumplen en la formación del niño. Mientras que el preceptor se encarga de la educación moral del niño, el maestro hace una práctica pedagógica de la enseñanza de la única ciencia posible: la de los deberes del hombre.

En este sentido, el hombre natural está dispuesto para sí mismo y el hombre civil está dispuesto para la sociedad, concebida ésta como una unidad y conformada por un conjunto de individuos entre muchos otros. El niño se desnaturaliza en la relación con las instituciones sociales en tanto están encargadas de “quitarle su existencia absoluta para darle una relativa, y transportar el yo a la unidad común; de suerte que cada particular no se cree ya uno, sino parte de la unidad, y no es ya sensible sino en el conjunto” (Rousseau, 1981: 38).

Sin ser indiferente a la cultura de los hombres, se hace necesario darle a los conocimientos y a la instrucción un lugar privilegiado en la educación, pues ellos desempeñan un papel importante en la formación del mismo hombre y en la formación de la sociedad. Ahora bien, esto se hace realizable si se tienen en cuenta las cinco máximas que propone Rousseau –entendidas como el espíritu de las reglas– para permanecer en el camino de la educación y de la instrucción según la naturaleza del niño.

Ellas son: dejarle usar sus fuerzas, ayudarle y facilitarle aquello que le falta, limitarse solamente a darle aquello que le es de utilidad real, distinguir en sus deseos lo que proviene de la naturaleza y lo que proviene de la opinión, concederle más libertad y menos autoridad, de tal manera que sea capaz de hacer más por sí mismo y menos por lo que le impongan los demás.

De ahí que los niños se formen aprendiendo todo simultáneamente en su primera infancia. Cuando el niño aprende a hablar con sentido, es decir, cuando entiende el significado de lo que dice, deja de ser un infante. Los gritos, las lágrimas y los gestos con los que comunicaba su sentir, su estado y sus necesidades en un momento específico son substituidos por el habla:

Tan pronto como ellos pueden decir que sufren por medio de palabras, ¿por qué habrían de decirlo con gritos, a no ser cuando el dolor es demasiado vivo para que la palabra pueda expresarlo? Si entonces continúan llorando, de esto tienen la culpa las gentes que están cerca de ellos. Desde que Emilio dijo una vez “yo estoy mal” necesita dolores muy vivos que le fuercen a llorar. Si el niño es delicado, sensible y naturalmente se pone a gritar por nada, haciendo estos gritos inútiles y sin efecto, yo le calmo muy pronto. En tanto que él llora, yo no voy hacia él; y corro hasta él en el momento en que se calla. Muy pronto su manera de llamarme será la de callarse, o todo a lo más lanzar su solo grito. *Por el efecto sensible de los signos es como los niños consideran su sentido, y no existe otra convención para ellos; por mucho daño que un niño se haga, es muy raro que llore cuando está solo, a menos de que no tenga la esperanza de ser oído [Énfasis agregado]* (Rousseau, 1981: 81).

Valor y sufrimiento van juntos, por lo menos en muchas de las situaciones de la vida. Impedirle al niño que sufra y aprenda a desenvolverse frente a los peligros, los riesgos y las necesidades es negarle la posibilidad de saber y de construir experiencia y conocimiento. Dirigiendo su fuerza, el niño desarrolla conocimientos y tiene poca necesidad de recurrir a los demás para que le provean lo que le hace falta.

Así, se entiende que haciéndose fuerte y usando sus facultades y sus conocimientos, él es un individuo para sí mismo, capaz de afrontar la felicidad y el infortunio. Solamente en este estado de conciencia y de identidad es posible que él empiece a considerar lo que se entiende por ser moral, en relación con las responsabilidades propias de una elección y de un modo de vida, lo que implica distinguir el bien del mal.

Como se puede apreciar, el conocimiento es menos convencional de lo que creemos. Otra cosa es instruir a los niños enseñándoles, por ejemplo, la lectura, la geometría, la historia, la geografía, las matemáticas. Pero el lenguaje no se enseña. En la cultura, dice Rousseau, el lenguaje le da sentido y significado a la vida. Lenguaje no es gramática, ni escritura, ni lectura y, sin embargo, también es todo eso.

Por ello, Emilio debe aprender la lectura y acercarse a los libros sólo hasta los doce años; antes de esta edad no es que él no supiera leer, sino que no era capaz de comprender el significado de las cosas. Sin embargo, lo que se conoce y se aprende no está determinado por la edad que se tenga:

Cualquiera que sea el cálculo aproximado del más largo término de la vida humana y las probabilidades que se le atribuyan a la aproximación de este término en cada edad, nada existe más inseguro que la duración de la vida de cada hombre en particular; muy pocos alcanzan a este término más amplio. Los mayores riesgos de la vida están en su comienzo; cuanto menos se ha vivido, menos se debe esperar vivir. De los niños que nacen, la mitad, todo lo más, llegan a la adolescencia; es probable que vuestro alumno no alcance la edad adulta. ¿Qué es preciso pensar, pues, de esta bárbara educación que sacrifica el presente a un futuro incierto, que carga a un niño con cadenas de toda clase, y comienza por hacerle desdichado preparándole para lo lejano, no sé qué supuesta felicidad de la cual hay que creer que no gozará jamás? (Rousseau, 1981: 83).

Entonces el primer deber del hombre es *ser hombre* en todas las edades y en todos los estados de

la vida. En ese sentido, Rousseau es categórico cuando señala que la humanidad ocupa un lugar en el orden de las cosas, como la infancia ocupa su lugar en el orden de la humanidad, lo que hace imprescindible considerar, según la naturaleza social, al hombre en el hombre y al niño en el niño.

Por lo tanto, es necesario asignar y situar al hombre y al niño en el puesto que les corresponde, de tal manera que se pueda construir también su bienestar, una vez ordenadas las pasiones humanas según la constitución del hombre. Eso también es tener sabiduría y procurarse la felicidad por medio de la voluntad y de los deseos; ahí está nuestra potencia, según un principio de equilibrio entre el poder y el deseo en su condición natural.

Es necesario entender, por consiguiente, que en el mundo real existen límites, y que el mundo imaginario se presenta ante los niños como infinito; lo anterior permite configurar las nociones de debilidad y de fuerza. No obstante, ampliar y cultivar las facultades no significa ampliar las fuerzas. De allí que la voluntad y la libertad se consideren los principales bienes del hombre, mientras que el conocimiento sea un instrumento que provee de elementos de juicio, de flexibilidad, de carácter y de experiencia al niño.

Por un lado, el hombre libre, dice Rousseau, “no quiere sino lo que puede y hace lo que le place” (1981: 90). Ésta es su máxima fundamental. Por otro lado, el hombre se convierte en un ser sociable cuando conoce la ternura por el dolor que ha vivido, conoce también la conmiseración y la dulzura. El autor se pregunta, a propósito de la infancia, si existe en el mundo un ser más débil, más miserable, más a merced de todo lo que le rodea, que tenga tan gran necesidad de compasión, de cuidados, de protección que un niño.

Ahora bien, cuando Rousseau habla del conocimiento útil se refiere al cultivo de uno mismo, al uso de la razón, a la elección de un oficio y a la facultad de pensar, lo cual le permite al niño comprender el mundo en el que vive y entender la relación con los demás y con la sociedad.

Distinguiendo, diferenciando y relacionando puede llegar el niño a hacer buenos juicios, sin ser esclavizado, sin convertirse en un tirano y aprendiendo a gobernarse a sí mismo.

En este momento es importante mostrar cómo las consideraciones de Rousseau se distancian de las consideraciones propuestas por Piaget, a propósito de la concepción sobre la infancia. En su texto “Psicología y pedagogía” Piaget piensa que la educación es la adaptación del individuo al mundo social.

Para lograr esto se recurre a las tendencias de la infancia y a las actividades espontáneas del desarrollo mental de los niños, mediante una serie de procedimientos y de aplicaciones, las cuales requieren, para ser comprendidas, de la significación de la infancia, de la estructura del pensamiento del niño, de las leyes del desarrollo y del mecanismo de la vida social infantil (Piaget, 1987: 174).

En esa dirección, para Piaget la infancia es una etapa biológica cuya utilidad tiene que ver con el sentido que ella le imprime a la adaptación progresiva del niño en el medio físico y social. Explica que la adaptación se entiende como una situación de equilibrio entre la asimilación de la experiencia y la acomodación de los datos de esa experiencia, las cuales operan gracias a la inteligencia. Por consiguiente, para Piaget es importante indagar por la estructura del pensamiento del niño y por las relaciones existentes entre mentalidad infantil y mentalidad del adulto (1987: 184).

En relación con Rousseau, Piaget sostiene que el filósofo afirmaba que a cada edad le correspondían determinadas maneras de pensar. Señala que esta noción se volvió positiva cuando la psicología del siglo XX, debido a los estudios realizados sobre los niños, y en parte debido a las concepciones establecidas por la psicología y la sociología comparada, creía que efectivamente Rousseau establecía una correspondencia entre edad, etapa, desarrollo espontáneo, desarrollo natural y pensamiento.

Pero es precisamente en este sentido que es pertinente establecer una distancia entre la concepción de infancia en Piaget y la concepción de infancia en Rousseau.

Piaget plantea que a tal edad del niño le corresponde tal etapa del desarrollo, y a tal etapa del desarrollo le corresponde tal tipo de conocimiento, y a tal tipo de conocimiento le corresponde tal tipo de inteligencia. Por su parte, Rousseau piensa que la cuestión tiene que ver con los cambios –no con el desarrollo en estricto rigor– que se van presentando en el niño a medida que se va desarrollando y creciendo; son dichos cambios los que inspiran el tipo de formación y de educación del niño.

En términos generales también se puede establecer una distancia en cuanto a la noción de “prohibición”, puesto que ésta se plantea en términos de ley y de norma, lo cual implica, por un lado, aceptación de la prohibición y, por el otro, cumplimiento de la ley o su transgresión. Pero la prohibición niega, según Rousseau, otras posibles salidas y soluciones al modo de vivir de los niños y de los adultos en la sociedad.

Lo anterior se diferencia claramente de lo enunciado por Estanislao Zuleta en “El carácter social de la infancia”, a propósito de lo planteado por Freud, que dice que sin “prohibición no hay sociedad”. Rousseau considera que desde ninguna condición la prohibición y la autoridad deben ser tomadas como referentes de formación y educación de los niños.

A pesar de ello, Zuleta en su escrito sobre la concepción social sobre la infancia reduce el desarrollo teórico del autor del Emilio al efecto de una concepción del niño producto de un desarrollo espontáneo y natural. Afirma que Rousseau desconoce que la prohibición es constitutiva de la cultura y de la sociedad. En esa dirección, Zuleta sostiene que Rousseau se refiere a la prohibición sin más ni más como algo que “es una mala cosa porque la sociedad es una mala cosa”.

Con esta frase Zuleta cae en un reduccionismo tal que pareciera desconocer las implicaciones que para Rousseau tiene la prohibición en tanto criterio de formación de un modo de ser del niño en el campo de la educación. Para Rousseau son claras las consecuencias que tiene para el niño el hecho de ser guiado según un conjunto de prohibiciones que han de ser interiorizadas durante su formación y su educación.

Igualmente, Rousseau concede una enorme importancia a orientar a los niños a partir de un conjunto de reglas que surgen de su relación con la naturaleza, con los hombres y con las cosas. Precisa que son estas relaciones las que le permitirán construir una experiencia y no únicamente obedecer y cumplir sin entender de qué se trata lo que hace.

Al parecer, Zuleta comete una ligereza en su interpretación en la cuestión señalada, puesto que la discusión de Rousseau se define más por la importancia que le da a formar un niño, un hombre y un ciudadano capaz de luchar contra la esclavitud, la tiranía y la resignación, que por la posibilidad de formar un niño teniendo como referente o significativo la prohibición y la autoridad.

Estas dos últimas nociones, según Rousseau, tratan es de la obediencia; cuestión formativa y educativa que pretende moldear caracteres, personalidades, modos de ser y de vivir en individuos dependientes, temerosos y miedosos de la libertad, la felicidad y las necesidades.

Conocimiento y sentidos

En cuanto a la instrucción del niño en los conocimientos, los primeros años de educación y de formación son determinantes en su vida. Las palabras para él no tienen significado en sentido estricto, a pesar de que es capaz de raciocinio y de comprensión.

De igual manera, nociones elementales de geometría tampoco son tan importantes de enseñarse, como sí lo es que el niño tenga suficientes elementos de análisis para entender y comprender las cosas por lo que son y por como funcionan de cierta manera, mas no por lo que las definen. Para Rousseau, conocimiento es entendimiento.

Por ejemplo, cuando Rousseau se refiere a la edad de los doce años considera lo importante que ha sido en el campo de la educación del niño la pérdida del tiempo en el sentido de que cada espíritu tiene su forma; no se trata de someterlo a nuestro tiempo y a nuestra solicitud (1981: 96).

Dado que este autor no propone un método de enseñanza, el conocimiento que el niño construye está en relación directa con el principio de propiedad, la noción de objeto y la construcción de una experiencia en términos de pertenencia y de acción. El hecho de que él pierda o no tiempo está condicionado a la cantidad y acumulación de actividades que realice. De ahí que afirme que se trata es de instruirlo y educarlo en aquello que realmente importa: provocar en el niño el deseo de aprender y el deseo de conocer.

Esta es la función de la pedagogía: frente al deseo de saber, de aprender y de conocer, cualquier método de enseñanza es bueno para el niño. La finalidad del conocimiento a los doce años es la de retenerlo dentro de sí mismo y mantenerlo atento a lo inmediato, a lo que toca. Puesto que él se sabe capaz de percibir, de tener memoria y de poder razonar, también se sabe capaz de seguir el orden de su propia naturaleza.

Así, el niño se va convirtiendo en un ser activo, sensitivo y de discernimiento en proporción a sus fuerzas. Rousseau pregunta: ¿queréis cultivar la inteligencia de vuestros alumnos? Y responde: cultivad las fuerzas que éste ha de gobernar. Y vuelve a insistir: conocimiento es entendimiento, y las primeras facultades que se forman en el niño son los sentidos.

Un niño es menos grande que un hombre; carece de fuerza y de razón, pero ve y oye tan bien como él o casi como él; tiene el gusto tan sensible, aun cuando lo tenga menos delicado, y distingue tan bien los olores aunque no ponga en ello la misma sensualidad. Las primeras facultades que se forman y se perfeccionan en nosotros son los sentidos. Por tanto estos son los primeros que habría que cultivar; son los únicos que se olvidan o los que se descuidan más. Ejercitar los sentidos no es solamente hacer uso de ellos, es aprender a manejarlos bien, es aprender, por decirlo así, a sentir; pues no sabemos ni tocar, ni ver, ni oír, sino en la medida que lo hemos aprendido (Rousseau, 1981: 148-149)

Los niños aprenden a sentir, a oír, a oler, a ver según como han aprendido. Ellos aprenden a conocer a través de las impresiones que les producen las cosas. De ahí que puedan llegar a medir, a contar, a pensar, a comparar, a calcular, por ejemplo, la resistencia, la distancia, la extensión a través de medios que están a su alcance. Los niños valoran los conocimientos por la relación con los objetos de su experiencia.

Por tanto, en relación con el conocimiento, un niño nunca debe hacer esfuerzos inútiles, insuficientes y superfluos. Para evitarlo se debe prever durante su formación y educación el efecto de todos sus movimientos. No obstante, debe aprender a rectificar sus errores de acuerdo con la experiencia que ha construido, ya que ésta le enseña a escoger lo que él necesita (Rousseau, 1981: 156).

Según el autor, el conocimiento se adquiere inicialmente a través de los sentidos, mientras que la educación forma en el ejercicio, en la templanza y en la experiencia. A través de los sentidos el niño adquiere conocimientos; por ello es importante ejercitarlos en los imprevistos y en las diferencias. La unión entre los conocimientos y los sentidos arma a los hombres contra los azares.

Según Rousseau, el conocimiento tiene que ver con la razón, con el talento y con el valor. En cambio, el miedo, el pavor y el temor son la causa de la ignorancia de las cosas y de lo que le sucede al niño en torno de nosotros. El buen humor y la cercanía con las cosas son las condiciones para

que éste desee conocer. Por tanto, el juego y la habilidad tienen que ver con su deseo de aprender y de conocer.

La atención del niño se logra gracias al interés sensible y actual por aprender y conocer, al entender bien aquello que es objeto de su curiosidad y de su entusiasmo, sin recurrir a puntos oscuros ni equívocos. En tanto el conocimiento lo enfrenta con lo desconocido, es necesario que él aprenda a conocerlo y a manejarlo, pero también a utilizarlo y servirse de él aprendiendo a juzgar, en la medida que se le ha formado un criterio y un carácter.

El niño nunca aprenderá valores mediante el uso de la autoridad, de la obediencia, de la prohibición, del miedo, del temor; pero tampoco mediante la razón o el hábito. Entonces, en cuanto a la construcción del conocimiento, los sentidos contribuyen a que los niños no se confundan y, por el contrario, se familiaricen con los objetos de su experiencia.

En el uso de los sentidos, la relación con el tacto se tiene como el sentido que mayor seguridad aporta al niño y el que más contribuye a formar ideas y juicios justos, a pesar de considerársele el más limitado, pero también el que más lo acerca a aquellos conocimientos necesarios para alcanzar su conservación (Rousseau, 1981: 164-167). Por el contrario, el sentido de la vista es el más defectuoso de los sentidos:

No somos igualmente dueños del uso de todos nuestros sentidos. Existe uno, a saber, el tacto, cuya acción no se suspende jamás cuando se está despierto. Él ha sido distribuido sobre toda la superficie de nuestro cuerpo, como una guardia continua para advertirnos de todo cuanto pueda perjudicarlo. Es también por el cual de buen o mal grado adquirimos lo más pronto posible la experiencia para este ejercicio continuo y al que, en consecuencia, tenemos necesidad de dar un cultivo particular. No obstante, observemos que los ciegos tienen el tacto más seguro y más fino que nosotros, porque no siendo guiados por la vista, se ven obligados a aprender a obtener únicamente del primer sentido las sensaciones que nos proporciona el otro [...] ¡Cuántos conocimientos oculares se pueden adquirir por el tacto,

sin que tengamos que tocar del todo! [...] De este modo, el tacto, siendo de todos los sentidos el que mejor nos transmite la impresión que los cuerpos extraños pueden causar sobre el nuestro, es aquel cuyo uso es el más frecuente, y nos facilita más inmediatamente el conocimiento necesario para nuestra conservación (Rousseau, 1981: 150).

En relación con el olfato, el niño juzga lo que es bueno y lo que es malo por el olor y la impresión que le deja. Los olores son sensaciones débiles y también son los que más mueven la imaginación. Estos olores e impresiones se relacionan con tantos gustos como modos de vivir se dan en el mundo, lo cual lo conduce a formar juicios muy distintos, por ejemplo, sobre los sabores y, por consiguiente, sobre los olores que los anuncian. El olfato es el sentido propio de la imaginación. En los niños el sentido del olfato es obtuso, poco activo y rudo porque el niño todavía no está animado por muchas pasiones. No une con el olfato ninguna idea; nada gustamos sin olerlo (Rousseau, 1981: 193).

El oír permite al niño medir distancias, extensiones y saber qué tan lejos o qué tan cerca se halla un lugar. Gracias al uso de este sentido se pueden situar los objetos en términos geográficos, de tal manera que saberlo contribuye a su conservación y aprende a dominarse y a vencer el temor y el miedo que le suscita no saber de qué se tratan y de dónde provienen ciertos sonidos.

Por ejemplo, los ruidos inesperados hacen que el niño recurra a su imaginación para poder controlarse, en la medida que halla una explicación a lo desconocido o comprende los sonidos que escucha. ¡Cuan alerta tiene el oído constantemente! Al menor ruido del que no puede discernir la causa, el interés de su conservación le hace suponer, primero, todo lo que debe sospechar para mantenerse en guardia y, como consecuencia, todo lo que es “propio” para asustarse. Aun cuando no oiga absolutamente nada, no por eso el niño está tranquilo (Rousseau, 1981: 164-152).

El gusto es el sentido que más impresión deja, a causa de ser físico y material. Este sentido es el medio que más conviene al niño para ser conducido y gobernado por la boca, dado que la gula es la pasión de la infancia; es un vicio. Señala Rousseau que puesto que el hábito substituye los gustos naturales en el niño, se hace necesario conservarlos lo más posible. No es bueno formar en ellos un gusto exclusivo (1981: 185).

La vista es el sentido que más conduce a engaños y a confusión. De todos los sentidos es el más defectuoso de ellos, por ser el más extenso y porque procede de todos los demás. Cuando un maestro presenta a sus alumnos por objetos originales, lo hace para formar el sentido de la vista, para que aprendan a observar, a ver los detalles, a apreciar las apariencias, a formar un criterio que les impida caer en la mentira y en la imitación. No se los presenta para que los copien y, mucho menos, para que lo hagan de memoria.

En síntesis, a través de los sentidos se aprenden las sensaciones por la experiencia. Las sensaciones llegan hasta la última frontera de la razón pueril. Cada edad, cada estado de la vida, tiene una especie de perfección conveniente y una especie de madurez particular. De ahí que el niño debe saber y aprender más por la experiencia que por la memoria, puesto que él tiene más discernimiento que esta última (Rousseau, 1981: 196-197).

Entonces el niño conoce mediante pruebas y enmienda errores a fuerza de palpar, andar, numerar, medir dimensiones, aprender a valorar, comparar por partes. De esto se infiere que conocer es comparar, valorar, verificar, corregir, rectificar, experimentar y juzgar acertadamente.

Los objetos de su conocimiento debe tenerlos siempre frente a él, para que a fuerza de observarlos les imprima la forma exacta en su imaginación, para que no pierda el conocimiento de las proporciones y de la belleza natural de los objetos y para que el conocimiento de las “verdaderas” relaciones, experiencias y perspectivas del mundo no sean objeto de su imitación. No se

trata de enseñarle al niño a imitar, sino de darle a conocer los objetos.

La pretensión del conocimiento no es divertir o evitar que el niño se aburra, sino que le sea grato conocer. Las dificultades, entonces, tienen la función de entrenar el cuerpo y el alma del niño. El método que utiliza el niño para aprender no es el del maestro, puesto que a éste le corresponde el arte de enseñar, que consiste en el discurrir para el niño, en el ver y en hacerle ver

En este sentido, conocer es también inventar, demostrar, combinar, examinar, hallar, observar problemas. Conocer no es ejercitar la memoria; tampoco se trata de definiciones, ni de problemas, ni de presentarle y exigirle que dé cuenta de formas demostrativas relacionadas con el conocimiento y el uso de los sentidos. El niño a esta edad aprende a hacer superposiciones para comprobar, por ejemplo en el caso del uso de los compás y de la regla, cómo estos son instrumentos empleados en geometría pero nunca en dibujo.

Ahora bien, conocer, usar los conocimientos y hacer experiencia es enseñar y formar. De ahí que comprender y hacer implica acción, diversión, juego en materia de instrucción, para conocer y entender. Lo que poco importa son los adelantos y los progresos del niño en algo específico.

En cambio, mientras el entendimiento tiene que ver con la capacidad experimental del niño en su relación con el mundo, su criterio y su juicio, la experiencia se entiende en dos sentidos: como la formación de una disciplina de estudio y como la construcción de una experiencia a través del ejercicio de los sentidos. La experiencia que no se hace de esta manera debe hacerse mediante inducción, señala Rousseau.

A los niños no se les puede acusar de falta de aptitudes, es decir de no tener capacidades; por el contrario, se les puede señalar que si no las usan es porque no se están ejercitando en ellas. Para Rousseau, las capacidades no son dones

naturales con los que nace el niño, sino atributos que se deben formar.

Por otro lado, Rousseau habla de tres clases de voces existentes en el hombre y en el niño: la voz hablada o articulada, la voz acentuada o patética (idioma de las pasiones) y la voz cantada o melódica. La música anima el canto, y la palabra es el acento de la voz.

Es imposible que el niño le dé tono a las cosas que no puede entender, ni expresar afectos que no ha experimentado. Por ello, no es necesario apresurarse a enseñarle a leer o a entender signos convencionales, si antes el niño no entiende en qué consisten, descubre el porqué, se interesa por cuáles son las explicaciones, se sitúa, localiza, relaciona, compara y diferencia.

Desde los trece hasta los quince años las fuerzas se desarrollan más en el niño que las necesidades. La capacidad de entendimiento, la fuerza por conocer y el deseo de satisfacer las necesidades se consideran, según Rousseau, las finalidades de la instrucción del niño para hacerlo estudiar y ponerlo a trabajar.

Puesto que la inteligencia humana tiene límites, existe la posibilidad de elegir las cosas que se han de enseñar y las que conviene aprender. Para ello, se debe partir de la existencia de conocimientos verdaderos y falsos, es decir, es necesario partir de saber que entre los conocimientos hay unos que son falsos, otros que son inútiles y que muy pocos son los que contribuyen a su bienestar, afirma el mismo autor.

No obstante, existen unos conocimientos que merecen ser investigados por los sabios, y otros que no. En ese sentido, no se trata de que el niño lo sepa todo, sino solamente se trata de saber aquellos conocimientos que le son útiles. Entonces el círculo del conocimiento se estrecha en relación con la existencia de las cosas y de los errores que se cometen en la instrucción.

Por tanto, el problema no es la ignorancia, puesto que no nos extraviamos por no saber, sino por imaginar que sabemos. Así, durante el desarrollo de la inteligencia el niño puede discernir lo que es útil de lo que no lo es, y se acerca al saber y a las nociones morales del bien y del mal por grados, pero desde la condición de distinguir la necesidad de conocer de la utilidad del conocimiento, así como la diferencia entre decente y lo bueno.

Como el espíritu se instruye, es preciso provocar en el niño el deseo de saber, que nace de la curiosidad natural respecto de lo que pueda interesarle. El primer deseo innato en el niño es el de bien-estar y el deseo de satisfacerlo a través de diferentes medios.

Conclusiones

Los conocimientos se ciñen a lo que les hace desear el instinto. En estas condiciones, el pensamiento y el entendimiento van hasta donde va la vista del niño y el espacio que se mide. Es necesario, por tanto, que el niño transforme las sensaciones en ideas, pero sin saltar bruscamente de los objetos sensibles a los objetos intelectuales.

Los objetos sensibles y los sentidos son los guías del espíritu del niño en sus primeras operaciones para entender y comprender los fenómenos, el mundo, los hechos. No son los libros los que le enseñan el mundo al niño; para éste, en un principio, los libros sólo llevan en sí mismas palabras que él no entiende en sus dimensiones, puesto

que se enfrenta a cuestiones problemáticas que requieren tiempo y discernimiento para aprender a resolverlas.

Se entiende por conocimiento y por instrucción, en relación con la educación y con la noción de niño, la capacidad que tiene para pensar y las habilidades y destrezas que ha desarrollado para desempeñar oficios, haciendo uso de los conocimientos, para servirse de ellos en su bienestar. Los niños son capaces de razonar y de comprender distintas situaciones, circunstancias y dificultades de la vida.

En síntesis, conocimiento e instrucción son dos condiciones que exigen la educación y la formación de un individuo y de un ciudadano. Por ello, es bueno instruir a un niño en los conocimientos que necesite para ser feliz y para aprender a vivir, venciendo obstáculos, asumiendo riesgos, enfrentándose al peligro, sorteando los momentos difíciles que le imponen el reto de vivir libre e independiente en su relación con la sociedad.

Referencias

Piaget, J. (1987). *Psicología y pedagogía*. Barcelona: Ariel.

Rousseau, J.J. (1891). *Emilio o De la educación*. Madrid: Biblioteca EDAF 33.

Zuleta, E. (s.f). *El carácter social de la infancia. Proceso de Desaturalización*. Texto inédito.